

que haya querido ampararme de tu apoyo moral— y pedirle primeramente y después exigirle, si hiciera falta, que cumpla su deber de caballero. Y como el tiempo vuela, y tu tiempo es precioso, Cayetano, porque para ti no hay minuto perdido, vamos á afrontar la situación. Alfredo, ángel tutelar de esta casa, ten la bondad de ir al comedor y suplicarle á Pepín que venga; que le vamos á decir un *colmo*.

ALFREDO. Ahora mismo. Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.

DON SEGISMUNDO. ¡Á qué amargas consideraciones se presta la vida algunas veces, Cayetano!

TÍO CAYETANO. Eso se me estaba ocurriendo á mí.

DON SEGISMUNDO. Ah, hombre; y dispensa mi olvido. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza! Enhorabuena por la nueva encomienda con que han premiado tus relevantes méritos.

TÍO CAYETANO. ¡Psche! No tiene importancia... ¡Un botón más! Se empeñó el ministro... Si me alegre es porque me concede honores militares para mi entierro.

DON SEGISMUNDO. ¡Haga Dios que tarden mucho esos honores!

TÍO CAYETANO. Lo mismo estaba pensando yo.

Llega ALFREDO por donde se fué.

ALFREDO. Ya viene. ¿Me quedo ó me marchó, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. ¡Te quedas! ¡Pues no faltaba más!

ALFREDO. Como usted guste. Celebro quedarme; eso sí.

TÍO CAYETANO. ¡Ah, pues no faltaba más! ¡Usted se queda!

DON SEGISMUNDO. Y lo que os ruego á entrambos es que recibáis á ese bribonzuelo con el gesto más duro de que vuestro semblante dis ponga.

ALFREDO. Ya, ya.

Caín se deja caer en un sillón, como abatido; Alfredo pasea con cara de vinagre, y el tío Cayetano se sienta con su aire de superioridad acostumbrado. Por la puerta del foro sale PEPÍN muerto de risa.

PEPÍN. ¡Señores, qué *juerga!* Buenas noches, don Cayetano. Ese chico autor nos ha puesto una charada graciosísima. Figúrense ustedes que... Reparando en las caras de todos. Pero ¿es que pasa algo? Les encuentro las caras un poco tirantes.

DON SEGISMUNDO. Pues aún debieran estarlo más. Se levanta.

PEPÍN. ¿Cómo?

TÍO CAYETANO. Aún debieran estarlo más.

DON SEGISMUNDO. Alfredo, hazme el favor de cerrar las puertas.

Alfredo obedece.

PEPÍN. Me dejan ustedes atónito. ¿Se puede saber...?

DON SEGISMUNDO. Señor de Castrolejo.

PEPÍN. Señor de Caín.

DON SEGISMUNDO. Mostrándole el plieguecito de marras. Yo he recibido esta carta anónima. El tío Cayetano mira á Alfredo, Alfredo á don Segis y éste pasa por alto las dos miradas. Fíjese usted, por si se considera aludido.

PEPÍN. Á ver...

DON SEGISMUNDO. Lee. «Anoche, á deshora, del balcón de una de tus hijas se descolgaba un hombre. Te lo advierto, para que guardes más bien el honor de tu casa.—Un buen amigo.»

Pepín se pone lívido y traga toda la saliva que puede. Las miradas están fijas en él.

PEPÍN. No entiendo por qué me lee usted eso á mí.

DON SEGISMUNDO. ¿No tiene usted ninguna noticia del caso?

PEPÍN. Ninguna.

ALFREDO. ¿Ninguna?

PEPÍN. Ya he dicho que ninguna. Pero como usted tiene más de una hija con novio...

ALFREDO. ¡Alto allá! Amigo Pepín: usted y sólo usted fué quien se descolgó anoche de un balcón de esta casa. Yo lo vi.

PEPÍN. ¿Que usted lo vió?

ALFREDO. Que yo lo vi. Y por las trazas—y esto es lo más grave—no fuí yo sólo.

Pausa. Pepín vuelve á tragar saliva, cada vez más amarga.

PEPÍN. Bien .. yo he ocultado en un principio... porque... claro... como siempre estas cosas se abultan... Pero lo que ocurrió no tiene nada de particular... Fué que Estrella me dijo...

DON SEGISMUNDO. No se le ha llamado á usted aquí para que nos refiera el paso, que conocemos enteramente...

PEPÍN. Pues entonces no veo la tostada, y usted perdone.

DON SEGISMUNDO. Pues la va usted á ver en

seguida, mi joven amigo. La fama de mi hija se ha puesto en tela de juicio; anda en lenguas... Bien claro lo prueba este papel. Usted es el responsable de ello. Á usted, pues, toca, como cumplido caballero, detener en su camino á la calumnia. Arrestos me sobran para acometer cuanto mi honor exige; pero en este momento yo me olvido de mis fueros de padre, y quiero esperarlo todo de su nunca desmentida hidalguía; de su inmaculada honorabilidad. No se lleva en balde el apellido que usted lleva.

PEPÍN. Abrumado por la nube que se le viene encima. Pero, bueno... Pero, entendámonos... Pero, pregunto yo... Pero... ¿Qué me quiere usted decir, don Segismundo? Porque usted debe comprender... que una chiquillada.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!... ¡Una chiquillada!... Califica usted el hecho perfectamente... Yo también las hice, en mi Abril... Pero hay chiquilladas de chiquilladas... y algunas que en chiquilladas empiezan, en hombradas tienen que acabar. Por mi parte, ya supe no comprometer en ninguna de mis chiquilladas el quebradizo honor de una doncella.

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Muy bien?... ¿Quién ha dicho muy bien?

ALFREDO. Yo.

PEPÍN. No... pues no tan bien... porque... Francamente, don Segismundo... esa hombrada á que usted parece aludir... francamente... Claro que yo quiero mucho á Estrellita .. y que mis

intenciones siempre fueron las de casarme... pero ¡caramba!... así de golpe...

DON SEGISMUNDO. Pues ¿qué otro medio encuentra usted, así de golpe, como usted dice, para contener la calumnia que deshonor a mi casa?

PEPÍN. Pero si yo creo que no hay tal calumnia...

DON SEGISMUNDO. Mostrándole el anónimo. *Voilà!*

PEPÍN. Eso es un anónimo, señor...

DON SEGISMUNDO. ¿Y de cuándo acá necesitó firma la calumnia?

PEPÍN. Bueno, señor, pero... No es eso sólo... Son muchas consideraciones de otra índole... Yo necesito consultar con papá... que tiene un genio del diablo...

DON SEGISMUNDO. ¿Consultó usted con su papá para subir al balcón de mi hija?

ALFREDO. ¡Muy bien!

PEPÍN. ¿Otra vez?

TÍO CAYETANO. Levantándose en alas de la inspiración. No, pero si hay más; si yo estoy callado porque... vamos, porque estoy callado... Pero á mí se me ocurre preguntarle á este joven: se me ocurre á mí: ¿consultó usted con su papá para subir al balcón de Estrella? ¿Eh? ¿Eh, Segismundo? ¿Consultó con su papá para subir al balcón de tu hija? ¿No le parece á usted, Alfredo? ¿Consultó con su papá...?

PEPÍN. No, señor don Cayetano; no consulté... Aquí lo que hay... Llevadas las cosas así... Porque, es natural, ustedes están apasionados... Yo lo pensaré... yo veré...

DON SEGISMUNDO. Ah, ¿luego vacila usted en

darme la reparación que yo esperaba de su caballerosidad y de su nobleza?

PEPÍN. ¿Cómo he de vacilar?... Nada de eso... Lo que es que hay cosas... mi querido don Segismundo... ¡Ésta es una escena muy violenta!... Fijese usted... fijese usted...

ALFREDO. Usted es el que se ha de fijar en esto que yo voy á decirle; que ya me están á mí bailando los nervios al oír tantas evasivas intolerables. Yo soy en esta casa un hijo más: á usted le consta. Bueno: pues ó nos da usted ahora mismo palabra de honor de que se casa con mi hermana ó le pego un tiro en la cabeza.

PEPÍN. ¡Hombre!

DON SEGISMUNDO. Alfredo, no te pongas así...

ALFREDO. Con quien no conoce su deber, así hay que ponerse.

PEPÍN. No... pues mire usted... lo que es con bravatas...

ALFREDO. ¡Si no son bravatas!

PEPÍN. Yo bien claro he manifestado mis intenciones... He dicho que me pienso casar... Pero yo soy soltero... yo soy un hijo de familia... Yo hablaré con papá... Yo les prometo á ustedes formalmente...

DON SEGISMUNDO. ¡Basta, Pepín, basta! No necesito oír más de tus labios. Ni podía esperar otra cosa. ¡Este cascarrabias de Alfredo es un fuguillas! Dispénsalo. Y dame á mí un abrazo fuerte: dame un abrazo en señal de paz, porque para mí tus últimas palabras, que son las de un hombre de

honor, tienen toda la fuerza de una escritura pública.

Pepín, anonadado, se deja abrazar.

TÍO CAYETANO. Yo no quiero ser menos, en vista de que su actitud es la que corresponde. Lo abraza.

ALFREDO. Y yo uno á esos abrazos el mío, rogándole á usted, no sólo que me perdone, sino que me considere de hoy más como su hermano. Lo abraza también.

PEPÍN. Gracias, señores... gracias...

DON SEGISMUNDO. Y ahora abriré las puertas, no alarmemos á la familia. Abre primeramente la del foro y luego la otra, detrás de la cual aparece, temblorosa y pálida, la noble figura de DOÑA ELVIRA. ROSALÍA está con ella. ¡Elvira! ¿Tú aquí?

DOÑA ELVIRA. Sinceramente conmovida. Sí... yo aquí... Ustedes me dispensarán... Soy una madre...

DON SEGISMUNDO. Vamos... vamos... Yo que no quería...

TÍO CAYETANO. Éste que no quería...

DOÑA ELVIRA. Hola, Cayetano...

DON SEGISMUNDO. Siéntate, tranquilízate...

TÍO CAYETANO. Siéntate, tranquilízate...

ALFREDO. Beba usted un poco de agua.

ROSALÍA. Pidela tú, Alfredo.

TÍO CAYETANO. *Á gritos.* ¡Agua! ¡Un poco de agua, en seguida! Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.

ALFREDO. Deje usted; yo mismo voy por ella.

Se va por la puerta de la izquierda, corriendo.

DOÑA ELVIRA. Deploro darles este mal rato... Pero... ustedes se harán cargo de mis sentimientos... Una cosa así... nunca había pasado

en mi casa... Soy una madre que se mira en sus hijas...

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Ya no hay que hablar de ello siquiera... Ahora no hay más que estar todos contentos... ¡muy contentos!... ¿Verdad, Pepín?

PEPÍN. Sí, señor, sí... ¡contentísimos todos!

Por la puerta del foro van llegando sucesiva y apresuradamente, y con cierta inquietud, AMALIA, FIFÍ, MARUCHA, ESTRELLA, TOMÁS y EMILIO VÁZQUEZ. Detrás de todos el TÍO CAYETANO. ALFREDO vuelve por donde se marchó con un vaso de agua, que ofrece á doña Elvira.

AMALIA. ¿Qué sucede? ¿Qué tiene mamá?

ROSALÍA. Nada, nada...

DON SEGISMUNDO. Nada, no os alarméis.

DOÑA ELVIRA. Besándola. Nada, corazón, nada.

FIFÍ. Mamaíta, ¿qué es eso?

DOÑA ELVIRA. Nada, nada, cara de gloria. La besa.

DON SEGISMUNDO. No es nada, no es nada...

MARUCHA. Pero ¿qué le ha pasado á mamá?

ROSALÍA. Nada, no le ha pasado nada...

DOÑA ELVIRA. Nada, tesoro mío, nada absolutamente...

La besa también.

ESTRELLA. ¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

DOÑA ELVIRA. ¡Estrella!

DON SEGISMUNDO. Nada, nada... ¿Cómo se ha de decir?

ROSALÍA. Nada, mujer, nada...

DOÑA ELVIRA. ¡Ven acá, hija de mi sangre, ven acá! *La besa y la abraza con ardimiento.*

TOMÁS. ¿Se ha puesto mala doña Elvira?

EMILIO. ¿Se ha puesto mala?

DON SEGISMUNDO. No, señor... son los nervios... Gracias por su atención...

DOÑA ELVIRA. Muchas gracias...

TÍO CAYETANO. ¿Pasó? ¿Pasó ya?

ALFREDO. Ande usted: tome un poco de agua señora.

MARUCHA. Pero ¿qué ha habido? ¿Porque algo ha tenido que haber para esto!...

DOÑA ELVIRA. Nada... no ha habido nada... Que yo soy muy tonta...

DON SEGISMUNDO. ¡Ha habido! ¡ha habido! ¡Yo diré lo que ha habido! ¡Esto es hijo de la emoción natural y de la alegría! Al enterarse vuestra madre de que el señor don José Castrolejo, que tanto nos honra con su amistad, quiere formalizar sus relaciones con Estrella para casarse en breve plazo, se ha conmovido profundamente...

General explosión de alegría. Todas las caras resplandecen, menos la de Pepín.

ROSALÍA. ¡Eso ha sido!

ALFREDO. ¡Eso ha sido!

ESTRELLA. Á Pepín. ¡Tunante! ¡Mira qué callado me lo tenías!

MARUCHA. ¡Qué malo es usted! No nos había dicho una palabra.

AMALIA. ¡Dame un beso, Estrella!

MARUCHA. ¡Y otro á mí!

FIFÍ. ¡Y otro á mí!

ROSALÍA. ¡Y á mí otro!

DOÑA ELVIRA. ¡Y ciento á tu madre!

besan todas.

TOMÁS. Abrazando á Pepín. ¡Que sea enhorabuena! ¡No se lo anuncié yo á usted hace tiempo?

PEPÍN. Balandando lo mismo que un borrego. ¡Jeeeee!

EMILIO. Reciba usted mi felicitación. Sí.

PEPÍN. Sí. Tantas gracias.

TOMÁS. ¡Pues, señores, yo reviento si me lo callo!

DON SEGISMUNDO. ¿Qué hablas tú, buena pieza?

TOMÁS. ¡Que reviento si me lo callo! ¡Que esa boda no será sola en plazo breve!

DON SEGISMUNDO. ¿Cómo?

DOÑA ELVIRA. ¿Qué?

TOMÁS. ¡Que Amalia y yo también nos vamos á casar muy pronto! Nueva explosión de alegría. ¿Verdad don Cayetano?

TÍO CAYETANO. ¡Verdad, Tomasillo! Lo abraza.

TOMÁS. ¿Verdad, don Segismundo?

DON SEGISMUNDO. Abrazándolo. ¡Verdad y muy verdad!

MARUCHA. ¡Mira Amalia también! ¡Á la chita callando!

DOÑA ELVIRA. ¡Déjame que te coma, delirio de tu madre!

Besa efusivamente á Amalia. Todas sus hermanas la besan asimismo con gran júbilo.

ROSALÍA. Aparte á Alfredo, radiante de satisfacción. ¡Dos menos, Alfredo de mi alma! ¡Ya está más cerca nuestra dicha!

ALFREDO. Lo mismo á ella. ¿Cómo si está más cerca? ¡Este verano las casamos á todas!

TÍO CAYETANO. ¡Pues yo digo otra cosa además! ¡Sí, señores! ¡Yo digo que esas dos bodas tie-

nen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano!

Aplausos.

DON SEGISMUNDO. ¡Cayetano! Lo abraza.

DOÑA ELVIRA. ¡Querido Cayetano! Lo abraza también. ¡El de siempre! ¡el de siempre!...

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras á besos y los cuerpos á abrazos, chillando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando á ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar á nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano á Madrid, en la Sierra. La casa está á la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone á la derecha. Al fondo, á lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es á la caída de la tarde, en el mes de Agosto.

DOÑA ELVIRA, sentada en una butaca, cose. MARÍN aparece tras la verja del foro, y la llama.

MARÍN. Sch... sch... ¡Doña Elvira!

DOÑA ELVIRA. Sin ver á quien la llama. ¿Quién?

MARÍN. ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

DOÑA ELVIRA. Viendo á Marín y levantándose alborozada. ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍN. ¿Dónde está la entrada?

DOÑA ELVIRA. Ahí abajo: á la vuelta.

MARÍN. Pues en seguida voy. Desaparece hacia la derecha.